

I. Lo que ocurrió en una puerta

El abogado Utterson tenía un rostro surcado de arrugas que jamás se vio iluminado por una sonrisa; en el hablar era frío, corto de palabra, torpe, aunque hombre reacio al sentimiento; delgado, alto, descolorido y grave, no carecía de cierto atractivo. Cuando se hallaba entre amigos y el vino era de su gusto, resplandecía en su mirada algo que denotaba noble humanidad; algo que nunca llegaba a exteriorizarse en palabras, pero que hallaba expresión no solamente en aquellos símbolos silenciosos de su cara de sobremesa, sino con más frecuencia aún y más ruidosamente en los actos de su vida. Se conducía de un modo austero consigo mismo; como castigo por su afición a los buenos vinos añejos, bebía ginebra cuando estaba a solas; y, aunque disfrutaba mucho en el teatro, llevaba veinte años sin cruzar las puertas de ninguno. Sin embargo, era extraordinariamente tolerante con los demás; a veces sentía profunda admiración, casi envidia, por el ímpetu pasional que los arrastraba a sus malas acciones; y en los casos más extremos demostraba más inclinación a acudir en su ayuda que a censurar. La explicación que daba era bastante curiosa:

—Comparto la doctrina herética de Caín y dejo que mi hermano se vaya al demonio a gusto suyo.

En este aspecto le tocó con frecuencia ser el último amigo respetable y la última influencia sana en la vida de algunos hombres que se precipitaban hacia su ruina. Mientras personas como esas fueron a visitarlo a su casa jamás les dejó ver el más leve cambio en su trato con ellos.

Este modo de conducirse no le resultaba, desde luego, difícil a Mr. Utterson; porque era hombre sobremedida impasible y hasta en sus amistades se observaba una similar universalidad de simpatía.

Los hombres modestos se distinguen porque aceptan su círculo de amistades tal y como la ocasión se lo brinda; eso era lo que hacía nuestro abogado. Eran amigos suyos quienes tenían su misma sangre, o aquellas personas a las que conocía desde tiempo atrás; sus afectos, como la hiedra, crecían con los años, sin que ello demostrase méritos en las personas que eran objeto de su estima.

Esa era, sin duda, la explicación de la amistad que lo unía a Mr. Richard Enfield, pariente suyo lejano y persona muy conocida en Londres. Muchos no acertaban a explicarse qué podían ver aquellos hombres el uno en el otro y qué asuntos comunes de interés existían entre ambos. Según personas que se encontraban con ellos durante sus paseos dominicales, los dos paseantes no hablaban nada; tenían cara de aburrimiento y no ocultaban el alivio que les producía la aparición de algún otro amigo. A pesar de lo cual ambos concedían la mayor importancia a aquellas excursiones, las consideraban como el hecho más precioso de cada semana y no solo renunciaban a determinadas

diversiones que se les ofrecían de cuando en cuando, sino que desatendían incluso negocios para no interrumpir su disfrute.

En uno de aquellos paseos quiso la casualidad que se metiesen por una calle lateral de un barrio de Londres de mucha actividad. La calle era pequeña y, como suele decirse, tranquila, a pesar de que en los días hábiles tenía gran movimiento comercial. Parecía que las personas que allí vivían prosperaban y que reinaba entre ellas un espíritu de optimismo, porque invertían el exceso de sus ganancias en coqueterías, hasta el punto de que todos los frentes de las casas de comercio incitaban a comprar, como filas de vendedoras sonrientes. Aun los domingos, cuando la cuadra cubría con un velo lo más florido de sus encantos y quedaba relativamente vacía de transeúntes, se destacaba de las desaseadas calles vecinas lo mismo que una hoguera de un bosque, y atraía instantáneamente la vista complacida del paseante con sus postigos recién pintados y una nota de limpieza y alegría general.

La línea de las fachadas quedaba rota, a dos puertas de la esquina del lado izquierdo conforme se iba hacia el este, por la entrada a una plazoleta interior, y en aquel punto se alzaba un edificio macizo de aspecto siniestro, que proyectaba el alero de su tejado triangular sobre la calle. Tenía dos plantas, pero no se veía en él ventana alguna; nada más que una puerta en la planta baja y un muro liso y descolorido en toda la parte superior. Todos los detalles daban a entender un prolongado y sórdido descuido en su conservación. La puerta, desprovista de aldaba y de timbre, tenía la pintura llena de ampollas y descolorida. Los vagabundos se metían en el hueco

de la entrada y encendían fósforos frotándolos en los paneles de madera; los niños jugaban a las tiendas en sus escalones; los muchachos habían probado el filo de sus cortaplumas en las molduras, y nadie, en el transcurso de una generación, parecía haberse preocupado de alejar a aquellos visitantes intrusos ni de reparar los destrozos causados por ellos.

Enfield y el abogado caminaban por la acera de enfrente; pero, cuando cruzaban por delante de la casa en cuestión, el primero apuntó hacia ella con su bastón y preguntó:

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta?

Al contestarle el otro afirmativamente, agregó:

—Va unida en mis recuerdos a un hecho muy extraño.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Utterson, con un ligero cambio en la inflexión de su voz—. ¿Cuál es?

—Verás —contestó Enfield—, el episodio ocurrió de este modo: yo regresaba a casa desde el otro extremo del mundo y tenía que cruzar por una parte de Londres en la que no había otra cosa que ver sino los faroles de gas encendidos. Crucé una calle y otra calle; todo el mundo dormía (una calle tras otra, y todas iluminadas como en una procesión, y todas tan desiertas como una iglesia). Llegué a un estado de ánimo parecido al del hombre que no hace sino aguzar el oído para percibir algún ruido y empieza a echar de menos la vista de un policía. De pronto, y simultáneamente, vi dos figuras: una, la de un hombrecito que caminaba a buen ritmo en dirección al este, y otra, la de una niña de ocho o diez años que venía corriendo a toda prisa por la acera de una calle perpendicular a la que seguía el hombre.

”En la esquina de las dos calles, de un modo muy casual, chocaron el hombre y la niña; y entonces empieza la parte horrible del asunto, porque el individuo pisoteó a la niña, que había caído al suelo, y siguió su camino, dejándola allí, llorando a gritos. El hecho contado no parece tener importancia, pero visto fue una escena infernal. No era aquella una actitud de hombre; el sujeto parecía más bien el implacable dios hindú Juggernaut. Dejé escapar un grito de alarma, eché a correr, agarré por el cuello al hombre y lo arrastré hasta el lugar en que se encontraba llorando la niña, rodeada ya de un pequeño grupo de personas. Demostró una completa impasibilidad y no ofreció resistencia; pero me dirigió una mirada tan horrible, que empecé a sudar copiosamente.

”Las personas que habían salido a la calle eran de la familia de la niña, y no tardó en comparecer un médico, al que habían ido a buscar. Según el médico, la niña no tenía nada, fuera del susto; de modo que el asunto habría debido terminar allí, ¿no es cierto? Pero ocurrió un detalle por demás curioso. Aquel individuo me había disgustado desde el primer instante en que le eché el ojo encima. Lo mismo le había ocurrido a la familia, lo cual resultaba muy lógico. Pero lo que me sorprendió fue la actitud del médico. Era uno de esos médicos-farmacéuticos, fríos y hechos a la rutina, sin edad ni color precisos, que hablaba con fuerte acento escocés y era tan sentimental como una gaita. Pues bien: le ocurrió lo mismo que a todos nosotros; yo me daba cuenta de que cada vez que el médico miraba a nuestro prisionero se demacraba y se ponía blanco, y era de las ganas que le entraban de matarlo. Yo estaba seguro de lo que él pensaba y él de lo que pensaba

yo; pero, como no era cosa de matar, hicimos lo mejor posible, fuera de quitarle la vida. Le dijimos al individuo que su conducta daba pie para armar un escándalo y que lo armaríamos de tal magnitud que todo Londres, de un extremo a otro, maldijese su nombre. Nos comprometíamos a que, si era hombre de alguna reputación o tenía amigos, perdiese la una y los otros.

”Y, mientras nosotros le reprochábamos así, teníamos que apartar a las mujeres, que arremetían contra él como arpías. En mi vida he visto un círculo de caras que respirasen tanto odio. El individuo permanecía en el centro, con una impasibilidad repugnantemente desdeñosa (aunque asustado, eso lo veía yo), y aguantándolo todo como un verdadero satanás, sí, señor.

”—Si lo que buscan es sacar dinero de este accidente —dijo—, yo no puedo defenderme, desde luego. Basta ser un caballero para tratar de evitar un escándalo. Digan la cantidad.

”Pues bien: lo presionamos hasta sacarle cien libras para la familia de la niña; él mostraba evidentes deseos de escabullirse, pero en todos nosotros había seguramente algo que denotaba resolución clara de hacerlo sentir mal, y al fin se rindió. Solo quedaba ya que nos entregase el dinero. ¿A dónde te imaginas que nos llevó? Pues precisamente a ese edificio de la puerta. Sacó violentamente una llave del bolsillo, entró y poco después regresó con diez libras en monedas de oro y un cheque por el resto del Banco Coutts, pagadero al portador y firmado con un nombre que no puedo decir, aunque es ese uno de los detalles notables de mi relato; solo quiero que sepas que era un nombre muy

conocido y que suele con frecuencia leerse en letras de molde. La suma era importante; pero la firma, si era auténtica, merecía aún más crédito que esa suma. Me tomé la libertad de dar a entender al individuo que aquello me olía a falsificación, pues no era corriente en la vida cotidiana que una persona entrase a las cuatro de la madrugada por la puerta de un sótano y volviese a salir con un cheque de casi cien libras esterlinas firmado por otra persona. Mis palabras no lo turbaron en modo alguno y me dijo en son de burla:

—Tranquilícese. Me quedaré con ustedes hasta que se abra el banco y lo cobraré yo mismo.

—De modo, pues, que nos fuimos todos de allí: el médico, el padre de la niña, nuestro sujeto y yo; pasamos el resto de la noche en mi departamento; y ya de día, en cuanto hubimos desayunado, nos dirigimos en grupo al banco. Fui yo mismo quien entregó el cheque en la ventanilla, adelantándome a decir que creía que se trataba de una falsificación. Pues no, señor. El cheque era auténtico.

—¡No me digas! —exclamó Utterson.

—Veo que tu impresión es igual a la mía —dijo Enfield—. Sí, es un asunto feo. Nuestro hombre era un individuo con el que nadie habría querido tratos; era un auténtico canalla, mientras que la persona que había firmado el cheque era la flor de la honorabilidad, muy conocida además, y, lo que empeora aún más el caso, una de esas personas que, según dicen, se dedican a hacer el bien. Me imagino que se trata de un caso de extorsión; de un hombre honrado que paga, quiera o no, por algún resbalón de su juventud. Por eso yo llamo a ese edificio

de la puerta la Casa de la Extorsión. Pero ni aun con eso queda explicado del todo el asunto.

Dicho esto, Enfield cayó en un acceso de ensimismamiento, del que lo sacó bruscamente Utterson, preguntándole:

—¿Y no sabes si el firmante del cheque vive ahí?

—¿Te parece una morada adecuada para él? —respondió Enfield—. Pero me fijé en su dirección; vive en otro lugar.

—¿Y jamás has hecho ninguna averiguación sobre... el edificio de la puerta? —dijo Utterson.

—No, señor; tuve escrúpulos —fue la contestación—. Soy muy reacio a hacer preguntas, porque esa actitud se parece demasiado a lo que ha de ser el Día del Juicio. Uno formula una pregunta y es lo mismo que empujar una piedra. Uno está tranquilamente sentado en lo más alto de una colina; la piedra echa a rodar y pone en movimiento a otras; y, de pronto, algún pobre diablo (en el que menos pensaste), que se encontraba en el jardín trasero de su casa, recibe la piedra en su cabeza, y la familia tiene que cambiar de estado social. No, señor; yo sigo esta norma: cuanto más sospechosa es la cosa, menos pregunto.

—Norma muy sabia —dijo el abogado.

—Lo que hice fue estudiar por mí mismo la casa —siguió diciendo Enfield—. Apenas si parece una vivienda. No tiene otra puerta que esta, pero nadie entra ni sale por ella, sino el individuo de mi aventura, y muy de tarde en tarde. Por el lado de la plazoleta, la casa tiene en el primer piso tres ventanas; ninguna en la planta baja; las ventanas se hallan siempre cerradas, pero están limpias.